

Montaña Campón

NOCHE OSCURA SOBRE BERLÍN

**UNA HISTORIA DE AMOR EN UNA CIUDAD
EN LA QUE NADIE ES LIBRE**



MAEVA

A mis padres.

A Santi, Santiago y Rodrigo.

Los escenarios de la novela



Madrid, 1976

NADA PUEDE IR mal en una tarde dorada de junio en Madrid. Martín San Román, acomodado en una hamaca, contempla oculto tras las gafas oscuras de sol a su bonita mujer. Elena está en la piscina jugando con su hermana Silvia y sus dos sobrinos. Se lanzan una pelota hinchable y se salpican. Todos ríen. El jardín de la casa de sus suegros resplandece de exuberante verde y coloridas plantas exóticas. Los pájaros canturrean la proximidad del verano. Martín apura un vaso de whisky y, por primera vez en mucho tiempo, se siente en paz. Cree esperanzado que esa tarde va a marcar un punto de inflexión en su matrimonio. Tras tres meses de tensiones e innumerables intentos frustrados de acercarse a su esposa, que lo rechazaba una y otra vez, consigue atisbar los rasgos de aquella Elena coqueta y divertida de la que se enamoró.

Observa a las dos hermanas charlar en la parte baja de la piscina y, poco después, nadando con soltura, Elena se aproxima a él.

—Martín, cariño, he recordado que necesito el bolso de fiesta que guardo en mi armario, arriba, en mi habitación de soltera. Es uno bordado en pedrería que hace juego con los tacones que voy a llevar en la boda del sábado. ¿Puedes subir a buscarlo? Iría

yo misma, pero estoy empapada y no quiero que se me olvide. Está en el último cajón, es de Balenciaga —dice mientras sonrío.

Martín mira el vaso vacío. No le iría mal otro whisky con hielo. Se levanta, entra al salón por el porche y se dirige a la primera planta.

El armario, de cuatro puertas y lacado en blanco, ocupa toda la pared frente a la cama. Su mujer había dejado guardados allí algunos vestidos, zapatos y bolsos antes de trasladarse a su piso cinco años atrás, cuando se casaron. Decía que así siempre podía disponer de alguna prenda si surgía un compromiso mientras estaban en casa de sus padres.

Martín abre el cajón y localiza varios bolsos, dos de ellos con bordados y piedras incrustadas. Duda y escoge uno, el que le parece más escondido, el del fondo del cajón. Lo abre para comprobar si tiene la etiqueta de la firma y descubre un papel doblado en el bolsillo interior. Lo saca con cuidado, lo desdobra y lo lee. Las letras se suceden ante sus ojos, las frases cobran sentido. La sangre del cerebro le presiona las sienes y tiene que sentarse en la cama.

No puede creer tanta mentira. No de Elena. Transcurren unos minutos y consigue incorporarse y entrar en el baño situado junto a la habitación. Se echa agua fría en la cara y en la nuca y respira hondo. Se apoya sobre el lavabo y fija la mirada en el espejo. El rostro sin color, los labios afinados. Tiene que callar. No puede armar un escándalo, no se siente con fuerzas. Al menos no esa tarde.

Se guarda el documento en la cartera y coloca el bolso donde estaba. Conserva la suficiente sangre fría para abrir el otro, que sí es el Balenciaga.

Cuando regresa a la piscina con el bolso en la mano la tarde ya no es dorada, el verde del jardín amarillea y los pájaros han dejado de cantar. Al menos en su cabeza. Elena grita entusiasta:

—Ese... ¡Es ese! Pero has tardado mucho, ¿qué estabas haciendo?

—Seguro que no lo encontraba, los hombres nunca encuentran nada —ironiza Silvia desde el agua.

Martín aprieta la mandíbula y fuerza una sonrisa. Es consciente de que su vida ha cambiado en un instante.

1

MARTÍN CAMINA CON paso decidido por los pasillos del hospital San Guillermo. Las ventanas de la galería que asoma al jardín están abiertas de par en par; el calor en Madrid a principios de agosto empieza a ser asfixiante pasadas las once de la mañana. Acaba de salir de quirófano, todavía tiene la señal que ha ejercido la presión de la goma de la mascarilla bajo los ojos. Se ha lavado las manos y la cara, se ha cambiado de bata y ha recibido la nota de que el doctor Beltrán, director del hospital, quiere reunirse urgentemente con él en su despacho.

El viejo doctor era el mejor amigo de su padre. Martín se detiene frente a la puerta en la que todavía se distingue el nombre de su padre grabado en la pared, aunque hace más de seis años que falleció. Necesita tomar un poco de aire antes de entrar, imagina que la reunión con su jefe no va a ser del todo cordial. Seguro que ya le han informado del desastre del día anterior, cuando un desliz con el bisturí provocó una hemorragia en el paciente que Martín tardó demasiado en controlar. No se siente orgulloso de ello, no debería haber sucedido, pero ya no tiene remedio y, por fortuna, el paciente está estabilizado. Tras vacilar durante unos segundos, llama a la puerta del director con los nudillos. Desde el interior, una voz potente le indica que pase.

El médico siente que se adentra en una especie de santuario: las estanterías de madera de roble, el papel pintado con motivos

geométricos que recubre aún las paredes, el pequeño aseo personal donde tantas veces vio afeitarse a su padre.

El director está sentado frente a una mesa llena de documentos: diagnósticos y tratamientos para pacientes, protocolos a seguir, partes de urgencias, facturas de proveedores. El doctor Beltrán lo recibe serio, con la cara abotargada y las eternas ojeras, como si llevara el peso de cada ladrillo del hospital sobre la cabeza. Cada vez que se reúne con él, Martín le augura una muerte temprana, fulminante, como la de su progenitor, un derrame que a los sesenta años le reventó el cerebro. Un cerebro que, de niño, Martín imaginaba lleno de datos, de números, de preocupaciones, de temores, de ambición. Un cerebro en el que no había espacio ni para él ni para su madre.

El hospital San Guillermo había sido el proyecto de dos soñadores, compañeros de universidad, socios hasta la muerte; en beneficio de los enfermos, pero de aquellos —y solo de aquellos— que pudieran abonar sus abultadas facturas.

El doctor le ofrece asiento. Martín arrastra el pesado sillón de confidente y se sienta frente a él. Al hombre le sudan la frente y los pliegues del cuello, y Martín piensa que vuelve a sufrir de tensión alta. Cada vez tiene las arañas vasculares de la nariz más acentuadas y las venas de las manos resaltan su color verdoso.

—Martín, sabes que no me gusta llamar al orden a mis doctores, pero los informes que me llegan de Cirugía —escoge un documento entre el maremágnum de papeles y clava el dedo índice en él—, uno de ayer mismo, indican que tuviste un error en el quirófano que nos podía haber costado muy caro: el riesgo que corrió el paciente y estos gastos en transfusiones no necesarios. Veo que últimamente no estás al cien por cien de tus capacidades, ni siquiera llegas al cincuenta. ¿Tienes algún problema que yo deba conocer? ¿Algún lío de faldas? A mí puedes contarme cualquier preocupación que tengas. Tu padre y yo éramos grandes amigos, además de socios, y te tengo muchísimo

aprecio. Por eso te digo que esta desidia que llevo tiempo observando me tiene desconcertado.

—No tengo ningún problema —miente—. Es solo que no todas las operaciones se desarrollan igual.

—No me vengas con evasivas, San Román. —Al director se le tensa la mandíbula—. Puedo ser viejo, pero no te permito que me trates como a un necio. Además, no te habría mencionado el asunto si no me hubiesen llegado rumores de tus salidas nocturnas, tus excesos con el alcohol y tu lamentable comportamiento con los compañeros. No puedo consentir ciertas prácticas en mi hospital... ¡Y menos si llegan a poner en peligro la salud de un paciente!

Martín salta del asiento y apoya las manos sobre la mesa del director, desafiante.

—Que no puedes consentir..., ¿qué? ¡Soy tu mejor cirujano! Muchos de los pacientes que pasan por el San Guillermo acuden aquí porque quieren ponerse en mis manos. ¡En lo que otros se arrugan, yo obtengo resultados! Y esos rumores de los que me hablas... ¡Sé muy bien de dónde salen esos rumores! ¡De un advenedizo que no tiene talento ni para atarse los cordones de los zapatos!

El doctor Beltrán recula.

—Te ruego que te calmes, Martín. Puede que yo haya cometido un error dando pábulo a ciertos comentarios, pero escúchame con atención: la cuestión no es tan sencilla. El jefe de Cirugía también me ha informado de tus irregularidades, y a Alfredo Artiaga no puedo darle largas. Como no quiero que esta situación vaya a mayores, te sugiero que te tomes unos días de vacaciones y recapacites. El hospital no puede permitirse una denuncia por mala praxis; el Consejo de Administración te fulminaría, y a mí contigo. Y yo ya estoy mayor para volver a poner puntos de sutura en una Casa de Socorro.

—¡No pienso tomarme unas vacaciones! Sería otorgar la razón al enemigo. Estoy en perfectas condiciones para trabajar.

Y no me amenaces con el despido, tengo ofertas mejores que este hospital del siglo pasado.

Martín empuja con genio la silla, avanza hasta la puerta, la abre de un tirón y cierra dando un portazo que hace retumbar todo el despacho.

Atraviesa el corredor, furioso. El ambiente está cargado: no entra ni un soplo de aire por las ventanas. Tiene la impresión de que algunos compañeros se han asomado a la puerta de sus consultas al escuchar las voces en el despacho del director. No le importan los curiosos. Consulta el reloj: en unos pocos minutos debe subir otra vez a quirófano. Dos vesículas más y se podrá ir a almorzar. Debe calmarse, concentrarse en las operaciones, pero las palabras del doctor Beltrán han hecho mella en su estado de ánimo: «Habrás visto, poner en duda mi profesionalidad por un descuido puntual en el transcurso de una cirugía. ¡Bien sabe él que no son matemáticas! Y qué rápido le han ido con el cuento». Ese doctor Aparicio... Ya le habían avisado de cómo se las gastaba. «No deja de ser un maldito tarugo, ah, pero se ha convertido en el pelota oficial del cirujano jefe. Un espabilado más que quiere pisarle el puesto».

Se topa con un grupito de médicos y enfermeras que charlan alegremente en su tiempo de descanso. Entre ellos está el trepa que quiere desbancarlo. Es habitual verlo flirtear con las enfermeras. Se enciende aún más al acercarse a ellos, sospecha que el corrillo murmura, que se ríe en su cara.

—Creo que a nuestro cirujano estrella le ha caído una buena en el despacho del director —cree oír a una de las voces.

—Estaría de patitas en la calle si no fuera porque su padre fue socio fundador. Últimamente lleva más alcohol en sangre que botellas hay en el dispensario... —escucha que dice otra.

La reunión ocupa la totalidad del pasillo, ninguno se aparta para permitirle el paso. San Román no se frena, empuja con el cuerpo al rival para abrirse camino. El doctor Aparicio se

desequilibra y enrojece, pero al ver que está rodeado de colegas aprovecha la ocasión para increparlo:

—Oye, imbécil, conmigo no la pagues, que yo no tengo la culpa de que estés perdiendo el pulso con el instrumental. Si ya no sirves para la cirugía, te buscas otra profesión. Además, si sigues cometiendo errores vamos a irnos todos al garete por tu culpa.

San Román se da la vuelta y se aproxima con vehemencia al insolente; lo supera en altura, lo arrincona contra la pared. El resto del grupo se aparta, nadie quiere líos con él. Martín se encara a su contrario: los ojillos de rata tras las gafas, los carrillos abultados. Se siente como si acorralara a un hámster en una jaula.

—En primer lugar, a mí me trata de usted. Segundo, por lo menos yo aprendí en su día el concepto de instrumental, porque, lo que es usted, no creo que sepa distinguir un bisturí de un cuchillo trincherero. Y tercero, y esto se lo digo como colega que es: como me siga buscando, al final me va a encontrar —dice entre dientes mientras levanta el puño con ademán airado.

Cuando Martín se aleja, el resto de los presentes acude al rescate de Aparicio. «Esto es increíble, es una vergüenza, una agresión en toda regla.» «Este hombre cada vez está más intratable. El doctor Beltrán debe conocer la realidad, saber la situación que estás viviendo en su equipo.» «Hemos sido testigos, si necesitas que vayamos a hablar con él...»

Martín sigue su recorrido frenético hasta el vestíbulo del hospital. Le palpitan las venas de la frente. Mira a su alrededor: la gran claraboya sobre la puerta principal, la larga escalera de mármol que sube hasta las habitaciones de los ingresados, las balaustradas, las hornacinas, las puertas batientes que anuncian las urgencias y los quirófanos. Todo un palacete decimonónico convertido en un refugio para indigentes que, por obra y gracia de su padre y el doctor Beltrán, se había transformado en un hospital privado para las mejores fortunas de Madrid.

«Si la medicina es un gran negocio, la cirugía es su mayor puntal», solía decir su padre. Y él, por complacerlo, se había convertido en cirujano. No en uno cualquiera, sino en uno de los más afamados. Para que ahora le vinieran con advertencias.

Saca la pitillera de plata. Se la regaló Elena, su esposa, al cumplir los treinta y seis en el mes de marzo. «Con todo mi amor», miente la dedicatoria. Se enciende un cigarrillo. La verdad es que llevan meses distanciados tratando de mantener las apariencias de un matrimonio feliz. Apenas hablan durante el tiempo que pasan juntos. No tienen relaciones, ella no quiere ni que la toque y, desde hace dos meses, él tampoco quiere tocarla. Por eso sale por las noches; así al menos se siente comprendido por sus amigos. Y bebe para no creerse tan infeliz.

Suena su nombre por megafonía. Lo aguardan otra vez en el quirófano. Apaga el cigarrillo en una aspidistra y coge un ascensor para subir a operar.

EL JEFE DE Cirugía, el doctor Alfredo Artiaga, que ha sido testigo del encontronazo entre San Román y Aparicio en el pasillo, acude al despacho del director.

—Beltrán, tengo que hablar seriamente contigo. Ese protegido tuyo no hace más que crearnos problemas.

El director, a punto de hacer una llamada, suelta contrariado el auricular del teléfono para atender las quejas.

—Lo sé, Alfredo, lo sé. Acabo de tener una conversación con él. Se enmendará, estoy seguro de ello. Sabes que es un cirujano muy válido, el único que se atreve a asumir ciertos riesgos en el quirófano, y eso a veces pasa factura.

—Yo no te hablo ya del quirófano, que últimamente es desastroso, te hablo de los compañeros, de la actitud que tiene con ellos. Ahora mismo acaba de tener un enfrentamiento con el doctor Aparicio en el que ha estado a punto de llegar a las manos.

¡Eso sí que es un problema para el equipo! No se puede gritar a un compañero y exigirle cooperación bajo la lámpara de quirófano a los pocos minutos. Este hospital no se merece a semejante individuo, ni tampoco sus comportamientos. Me voy a negar a trabajar con él y se te va a plantear un problema muy grave con el Consejo de Administración.

El director se seca la frente de sudor. La situación está empezando a ser agobiante. Esos tira y afloja entre los doctores lo agotan. Era más fácil antes, cuando el padre de Martín dirigía el hospital y él no era más que una especie de interventor de cuentas. Los números no dan tantos problemas como las personas.

—Tranquilo, ya lo he amonestado por su comportamiento de las últimas semanas. Sé que le ocurre algo, pero no acaba de confiarme cuál es el problema. No sé, supongo que no será económico. En fin, Martín ha sido siempre muy reservado, al igual que su padre.

—Yo no puedo estar tranquilo con una bomba de relojería en mi quirófano. No es una persona estable, y tú deberías apartarlo. —Lo señala con un dedo acusador—. Beltrán, te digo que tarde o temprano cometerá un error que nos comprometerá a todos.

El director se afloja la corbata antes de levantarse del sillón y asomarse a la ventana. Necesita tomar el aire, pero a cambio recibe una bocanada caliente que lo irrita. Trata de serenarse.

«Alfredo es una persona demasiado insistente —piensa—. Debería superar el tema de los celos profesionales. Ya es jefe de Cirugía, ¿qué diantres quiere?»

—Déjalo en mis manos. Yo respondo por él. Su padre y yo pusimos en marcha este hospital y Martín es su digno sucesor. Tiene buenas hechuras, te lo aseguro. Todos sufrimos crisis laborales de vez en cuando.

—¡No en mi quirófano!

—Te diré lo que podemos hacer. —Beltrán se rearma de paciencia—. Le daremos unos días de margen, lo vigilarémos de

cerca, a ver si se endereza. Verás como todo se soluciona. Es un gran cirujano. Sería un descrédito para nosotros prescindir de sus servicios.

—El problema es que no lo quiero en mi equipo —concluye Alfredo levantándose del asiento—. No confío en él, y tú tampoco deberías hacerlo. Las personas que abusan de la bebida no son buenos profesionales. Beltrán, si ocurre algo, tú serás el responsable. Yo no quiero saber nada más de este individuo, por mucho que se apellide San Román.

El director lo observa abandonar el despacho con las manos a la espalda y los andares de pazguato. Hace años que no lo soporta. Es un cargo puesto a dedo por los inversores que los sacaron de la última crisis financiera. «No puedo rendirme ahora —piensa—. Martín San Román será mi digno sucesor cuando me jubile. No voy a dejar el hospital en manos de mediocres como este tipo», se promete.